

## CAPITULO VII

### LA HERENCIA Y EL CARÁCTER NACIONAL

Acabamos de correr á través de la historia, señalando algunos casos de herencia mental en familias de artistas, sabios, literatos, guerreros ó estadistas. Las consideraciones de esta naturaleza son tan extrañas á la mayor parte de los historiadores, que sus obras no son más que un mediano recurso para estudiarlas. Poco cuidadosos de detalles «indignos de la majestad de la historia», han abandonado el hecho preciso, trivial, en el que, sin embargo, se aprende mucho más sobre un carácter, que en diez páginas de frases vagas. Las biografías y las memorias instruyen más, aun abandonando mucho los datos fisiológicos. Quizás algún día esta manera de escribir la historia estará menos descuidada y será más frecuente, sobre todo cuando se comprenda que los infinitamente pequeños juegan en la evolución de la humanidad el mismo papel latente é incesante que en la evolución de la naturaleza; y entonces la historia, sin olvidar el estudio de los grandes sucesos y su encadenamiento, que es su objeto, ofrecerá al psicólogo datos numerosos y precisos. A falta de semejantes trabajos, que necesitarían investigaciones largas, minuciosas y con frecuencia infructuosas, podemos indicar aquí, aunque sea de un modo tosco, el papel de la herencia en la historia, como ley fisiológica y psicológica. Deberíamos limitarnos á comprobarlo,

porque somos incapaces de decir, aunque sea de una manera vaga, en qué medida tal cualidad ha sido transmitida de una generación á otra, si ha variado y por qué ha variado.

Se trata ahora del influjo de la herencia, no ya sobre los individuos, sino sobre las masas. Vamos á ver cómo transmite y fija ciertos caracteres psicológicos, lo mismo en un pueblo que en una familia.

Se acostumbra en nuestros días á considerar al Estado como un organismo. Heriberto Spencer ha demostrado, con más detalles que ningún otro autor, que existe en la naturaleza una serie jerárquica de organismos paralela á la serie jerárquica de los Estados: la una va del protozoo al hombre; la otra, de las tribus salvajes de Australia á las naciones más civilizadas de Europa; y que en el organismo, como en el Estado, el progreso consiste en la división del trabajo y en la complejidad creciente de las funciones. El organismo no subsiste más que por una asimilación y una desasimilación continua de las moléculas; el Estado por una adquisición y una pérdida continua de individuos. Pero en medio de este torbellino incesante que constituye su vida, queda alguna cosa permanente, que es la base de su unidad y de su identidad. En un pueblo, esta suma de caracteres psíquicos que se encuentran en toda su historia, en todas sus instituciones, en todas las épocas, se llama el *carácter nacional*.

El carácter nacional es la explicación última, la única verdadera de los vicios y de las virtudes de un pueblo, de su buena y de su mala fortuna. Sin embargo, esta verdad tan sencilla está apenas reconocida.

El éxito y la desgracia de un pueblo no dependen de la forma de su gobierno: son efecto de sus instituciones. Las instituciones son efecto de sus costumbres y de sus creencias religiosas. Sus costumbres y sus creencias religiosas son efecto de su carácter. Si

tal pueblo es activo, tal otro indolente; si el uno tiene una religión interior y moral, el otro una religión exterior que se dirige á los sentidos, es preciso buscar la causa en su manera habitual de pensar y de sentir; es decir, en su carácter. El carácter, á su vez, ¿es un efecto? Casi no se puede dudar de esto. Es en extremo probable que todo carácter, individual ó nacional, es un resultado muy complicado de las leyes fisiológicas y psicológicas. Pero la ciencia de los caracteres está tan poco adelantada, que no se puede aventurar nada sobre las causas de su formación, y se debe considerar provisionalmente al carácter como una causa irreductible. Expuesto el problema de este modo, examinemos cuál es el papel que la herencia juega en la formación del carácter nacional.

Ordinariamente, se explica la historia de un pueblo por la de sus instituciones, lo que es verdad en un sentido, aunque las instituciones no sean más que un efecto. En el orden social y político, los efectos y las causas no se presentan bajo la forma de simple continuidad, como sucede en el orden físico; hay más bien entre ellos una reciprocidad de acción. El carácter produce las instituciones, las cuales, á su vez, forman el carácter; aunque despues de varios siglos los dos no forman más que uno, no siendo las instituciones más que el carácter hecho visible y permanente. Pero es necesario no olvidar que las instituciones no son más que una causa *exterior*, que está sostenida por otra *interior*, el carácter, que se trasmite por la herencia. Tomad un pueblo en su principio (los Romanos en la época de los reyes, los Galos antes de César), sus grandes rasgos están ya trazados. Son el producto de su constitución física, del clima, de otras causas diversas; y como un pueblo se perpetúa por medio de la generación, como es una ley de la naturaleza que lo semejante produce lo semejante, como las excepciones á esta ley tienden á desaparecer á medida que se examinan grandes masas

y no casos particulares, se advierte con hechos palpables cómo el carácter nacional se conserva por la herencia.

En fin, ¿qué acabamos de hacer, sino recordar que la trasmisión física tiene lugar tanto en los individuos oscuros como en los ilustres? En los precedentes capítulos hemos tomado nuestros ejemplos de la historia, porque sólo ellos son conocidos de todos. Pero cada uno sabe que las diversas formas de la imaginación, de la inteligencia y de la sensibilidad pueden conservarse hereditariamente en las familias medianas ú ordinarias. Cada cual posee, en su experiencia personal, un gran número de ejemplos que apoyen esto. La permanencia del carácter nacional es el resultado, y al mismo tiempo la prueba experimental de la herencia psicológica en las masas.

Si poseyéramos alguna buena psicología etnográfica, veríamos con más claridad el papel que la herencia tiene en la formación del carácter de un pueblo. Se puede esperar que algún día exista; hoy no tenemos más que fragmentos. En Francia, Taine ha relacionado con la herencia sus estudios sobre la literatura, la constitución y las costumbres de Inglaterra, consideradas como expresión del carácter nacional; ha demostrado cómo el viejo fondo germánico y escandinavo ha permanecido sólido, y encuentra en lord Byron un verdadero descendiente de los Bersekirs. En Alemania, Lazarus y Steinthal han sentado las bases de una *Psicología de los pueblos*, «que tiene por objeto determinar la naturaleza del espíritu de un pueblo y descubrir las leyes que regulan su actividad interna ó espiritual, ó ideal, en la vida, en el arte ó en la ciencia» (1). Aun en ausencia de estos trabajos científicos, fundados en una crítica exacta, los historiadores han hecho desde hace largo tiempo estudios concluyentes sobre el ca-

(1) *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, primer tomo.

rácter de los pueblos y la imposibilidad de trasformarle. Así, el francés del siglo XIX es en el fondo el Galo de César. Se encuentra en los *Comentarios*, en Estrabon y Diodoro, todos los rasgos esenciales de nuestro carácter nacional: el amor á las armas, el gusto por todo lo que brilla, la increíble ligereza de espíritu, la vanidad incurable, la delicadeza, la gran facilidad de hablar y de dejarse llevar por las palabras. Se encuentran en César reflexiones que parecen de ayer. «Los Galos, dice, tienen amor á las revoluciones (*nobis rebus student*); se dejan llevar por falsos indicios, á acciones de que luego se arrepienten, y de que dependen asuntos de la mayor importancia; un revés los abate; siempre están dispuestos á emprender guerras sin motivos suficientes, y se encuentran sin energía en la hora de los desastres (1).»

Pero es quizá, en este pueblo que ha llevado sucesivamente los nombres de Griegos antiguos, Bizantinos, Griegos modernos, donde es necesario buscar el ejemplo más notable de la tenacidad del carácter. «A través de tantas vicisitudes, dice Ampère, el fondo del Griego no ha cambiado; tiene las mismas cualidades y los mismos defectos que antes.» Pouqueville ha encontrado en Morea los modelos de Apeles y de Fidias, y lo que nos interesa más, ha comprobado la trasmisión de los rasgos principales del carácter y de los hábitos: así los Arcadios hacen todavía la vida pastoril, y los habitantes de Esparta, sus vecinos, tienen la pasión de los combates, el humor irascible y turbulento. En la Edad Media el bizantino ha conservado todos los rasgos esenciales de sus antepasados. Cuando se investiga

(1) *César, infirmitatem Gallorum veritus, quod sunt in consiliis capiendis mobiles, et novis plerumque rebus student, nihil his committendum existimavit. Est autem hoc gallicæ consuetudinis uti et viatores etiam invitos consistere cogam et quod quisque eorum de quaque re audierit aut cognoverit quarant. etc.*

(*César, De bello Gallico, IV, 5.*)

Véase también IV, 13; Estrabon, IV, 4; Diodoro de Sicilia, V.

como nosotros lo hemos hecho, en los infolios poco estudiados de la historia del Bajo Imperio, se asombra uno de ver cómo este pueblo, que se llamaba romano (1), á pesar de sus tradiciones latinas, su funcionamiento imperial, sus costumbres importadas de Oriente (los eunucos, el soberano engalanado y adorado como un ídolo) y su cristianismo estrecho, haya quedado griego en el fondo. Hay en esto un curioso estudio de psicología histórica que quizá ensayaremos algún día. El bizantino ha conservado del griego, además de la lengua y de las tradiciones literarias, una delicadeza que, no teniendo más apoyo que la fuerza, degeneró en astucia mezquina. El amor del griego por el lenguaje hermoso y las discusiones brillantes, se convirtió en la charlatanería bizantina; la sutileza sofística de los filósofos, en la escolástica vacía de los teólogos, y la flexibilidad del *Græculus*, en la diplomacia páfida de los emperadores. Este es el griego de Pericles, pero debilitado y en estado senil.

«Si la herencia no desempeñara papel alguno en el carácter de los pueblos, no se vería cómo los niños y aun los jóvenes, en la escuela, difieren sensiblemente de un país á otro. Nada más curioso, sin embargo, que comparar una reunión de niños italianos y alemanes. Los primeros tienen fisonomías despiertas, una gran viveza, una aptitud especial para asimilarse lo que se les enseña. Los segundos se distinguen por la calma, la seriedad y la aplicación. Estos niños difieren quizá más que los alemanes y los italianos de edad madura (2).»

«Es más que probable, dice Laycock, que ciertos estados vagos de placer ó dolor se deben á una reversión á nuestros antepasados, aunque nosotros no tengamos ninguna percepción ni idea clara de ello. La vista de un objeto ó de una clase de objetos puede ser

(1) *Οι Ρωμαῖοι*: así es como los bizantinos se designan siempre.

(2) Candolle, *op. cit.*, pág. 330.

agradable ó desagradable porque lo fué á nuestros antepasados. Así las montañas gustan á los que descienden de montañeses, las llanuras y los ríos anchos á aquellos cuyos padres han vivido largo tiempo en las planicies ó á orillas de los grandes ríos. No es necesario que estas condiciones exteriores sean bellas absolutamente ó agradables. Esto es una ley del hábito... Se podrían presentar muchos ejemplos.» «Comenzaremos ahora, dice Nataniel Hawthorne, á sentirnos realmente en Laponia, porque delante de nosotros, del otro lado del lago, hay altas montañas, cuya ascensión, una vez hecha, basta para encontrarnos en ese continente casi enteramente cubierto de nieves eternas de que los lapones se complacen y donde solamente, rodeados por la desolación y las escarchas, se encuentran dichosos.»

»Se pueden citar también otros casos de reminiscencias de nuestros antepasados. El húngaro difiere de igual modo del alemán que del eslavo. Como su antepasado asiático, el huno, odia las montañas; no ama más que las llanuras en que hay espacio donde galopar á caballo... En general, los húngaros no admiran más que las inmensas llanuras y piensan que Inglaterra debe ser muy fea porque está recortada por parques y campos... Muchos prejuicios y antipatías estéticas de este género se deben á influencias de nuestros antepasados (1).»

Otro tanto se puede decir de cada nación. En resumen, todo pueblo tiene su fisonomía, producida: 1.º por ciertos caracteres primitivos, que para nosotros son irreductibles; 2.º por circunstancias exteriores ó influencias del medio; 3.º por la herencia que conserva los caracteres primitivos. Sobre este tercer factor, con mucha frecuencia olvidado, queremos llamar la atención.

Además notemos que entre las diversas naciones existen cruzamientos y alianzas que producen gran bien,

(1) Laycock, *On some organic Laws of personal and ancestral memory*, p. 32.

según unos, y gran mal según otros. Lo que no es dudoso, al menos, es que las mezclas de sangre deben modificar, bajo ciertos aspectos, el carácter nacional, mientras que ha debido conservarse intacto en los que han permanecido puros de toda mezcla. Pero son muy raros los pueblos que han podido, sin cruzamientos, durar y civilizarse. Aunque se haya sostenido que las razas superiores son las que han quedado completamente cerradas (cuestión que examinaremos más adelante con detalles), no se comprende cómo, en condiciones parecidas, un pueblo haya conseguido llegar á esta variedad y á esta complejidad de elementos sin los cuales toda civilización es imposible. Una gran civilización *sencilla*, es una contradicción de sus términos, de suerte que nuestra investigación tiene pocas probabilidades de éxito, puesto que ha debido demostrar ó bien que un pueblo ha quedado intacto, pero entonces se ha desarrollado poco, ó bien que se ha desarrollado, pero sufriendo mezclas.

Sin embargo, después de haber hablado de los pueblos en que el carácter nacional primitivo, en lucha contra elementos extraños, se ha debido modificar en un cierto grado, trataremos de presentar algunos que han permanecido aislados al menos relativamente. Si China fuera más conocida, nos ofrecería probablemente un curioso objeto de estudio (1). Citaremos como ejem-

(1) Desearía obtener de China algunos hechos relativos á la herencia, porque en este país existe un sistema de examen riguroso y extenso, y porque los individuos del porvenir tienen seguridad de elevarse gradualmente hasta el más alto puesto de que sean capaces. El más alto grado así conferido en una población de cerca de 400 millones de habitantes, es el *Chuan-Yuan*. Los *Chuan-Yuan* ¿tienen algunas veces relaciones de parentesco? tal es la cuestión que he propuesto á un amigo distinguido que tengo en China, pero todavía no me ha contestado. Sin embargo, he planteado este problema en las *Notes and Queries* de Hong-Kong y he hallado el caso de una mujer que tuvo un hijo que llegó á ser *Chuan-Yuan*. Se divorció, se volvió á casar y tuvo otro hijo que llegó al mismo grado. No dudo, pues, de que si la cuestión fuera examinada á fondo por una persona competente, la China suministraría un tesoro de hechos relativos á la herencia. (Galton. *Hereditary Genius* p. 334.)

plo dos razas que es curioso comparar; los judíos y los bohemios; la una porque representa el tipo más antiguo civilizado que existe en Europa, la otra porque representa la raza más refractaria á la civilización.

## II

El pueblo judío es quizás el único que ha desempeñado un papel en la historia guardando, con un cuidado receloso, la pureza de su raza. Todavía es una verdad que no ha sufrido mezcla. Bajo el aspecto psicológico es muy difícil decir hasta qué punto su carácter se ha modificado por las doctrinas persas, después de la cautividad de Babilonia; por las costumbres griegas y egipcias, desde Alejandro hasta la época de Filon, y en la Edad Media por las condiciones de existencia tan dura que ha sufrido. Creo, sin embargo, admitido por todos que, á pesar de algunas variaciones físicas y morales, á las que nada de lo que vive puede escapar, el pueblo judío ha conservado, mejor que otro alguno, su carácter propio; en otros términos, que la acción de la herencia se nota mejor en él que en los demás. Sin embargo, cuando se trata de determinar los caracteres físicos y morales de esta raza, no con frases vagas y generales, sino con rasgos precisos, se confunde uno bastante. Hé aquí, no obstante, algunos caracteres.

Bajo el punto de vista físico, los judíos se distinguen generalmente por el color negro de sus cabellos y de su barba, sus largas pestañas, sus cejas espesas, salientes y bien arqueadas, sus ojos oscuros grandes y vivos, su tinte mate, su nariz marcadamente aguileña. En el Este hay judíos rubios ó rojos; se les designa con el nombre de judíos alemanes. Parece que provienen del cruzamiento de las razas germánicas ó eslavas con los antiguos judíos (1). Existen también judíos negros, es-

(1) *Bulletins de la Société d'anthropologie*, t. II, p. 389.

tablecidos desde tiempo inmemorial en la India; éstos han adquirido gran parte de su complexión de la de los Indos, por efecto de la influencia del clima, del medio y quizás de un cruzamiento; pero conservan una semejanza lejana con los judíos de Europa. Nott y Glidon, después de un largo estudio de esta cuestión, deducen «que todos los judíos tienen rasgos idénticos».

Se ha creído también que se podía atribuir á esta raza una longevidad notable, según los resúmenes estadísticos hechos en Francia, Alemania y Prusia (1). En varios países de Europa, su número aumenta más rápidamente que el de los cristianos. Así en Alemania una cuarta parte de los cristianos sucumbe antes de los seis años y once meses, mientras que una cuarta parte de los judíos lo hace antes de los veintiocho años y tres meses; la mitad de los cristianos muere antes de los treinta y seis años y seis meses; la mitad de los judíos pasa de los cincuenta y tres (2).

En lo moral, la raza judía se presenta en la historia con caracteres bien acentuados: predominio del sentimiento y de la imaginación, los cuales la han hecho tan apta para las creaciones religiosas, poéticas y musicales. Es inútil insistir en la importancia religiosa de un pueblo de donde han salido el judaísmo y el cristia-

(1) *Ibid.*, t. I, p. 180.

(2) La herencia parece haber ejercido sobre la raza judía un influjo desastroso, produciendo, á consecuencia de los matrimonios consanguíneos, gran número de enfermedades mentales. Hay entre ellos una cantidad enorme de sordo-mudos. El idiotismo y la enagenación mental son también muy frecuentes. Según estados proporcionados por la estadística alemana, existe un *idiota*:

En Silesia,	por cada	580 católicos	408 protestantes	514 judíos.
En Wurtemberg,	»	4.113	» 3.207	» 3.003

Y existiría un *loco*:

En Baviera,	»	908	» 967	» 514
En Hanover,	»	528	» 641	» 337
En Silesia,	»	1.355	» 1.264	» 624
En Wurtemberg,	»	2.006	» 2.028	» 1.544

(*Bulletins de la Société d'Anthropologie*, t. IV.)

nismo. Su valor poético no es más discutible, aunque esta raza haya tenido una poesía especial suya, ardiente, convulsiva, cortada, exuberante de imágenes. Mientras que no se encuentra entre los judíos sino poquísimos pintores y escultores, su aptitud para la música es notable; ninguna raza ha producido músicos en una proporción tan grande: baste citar á Mendelssohn, Halévy, Meyerbeer.

En cambio, han estado bastante mal dotados en lo que concierne á la cultura científica. «Raza incompleta, dice Renan, por su sencillez misma, no tiene ni artes plásticas, ni ciencia racional, ni filosofía, ni vida política, ni organización militar. La raza semítica no ha comprendido nunca la civilización, en el sentido que nosotros damos á esta palabra; no se encuentran en su seno ni grandes imperios organizados, ni espíritu público. Las cuestiones de aristocracia, de democracia, de feudalismo, que encierran todo el secreto de la historia de los pueblos indo-europeos, no tienen sentido para los semitas. Su inferioridad militar se debe á esa incapacidad para toda disciplina y para toda organización.»

Estas consideraciones no tocan más que indirectamente á nuestro asunto. No tenemos necesidad de escribir aquí un capítulo de psicología etnológica, sino de mostrar el papel de la herencia en la formación del carácter de un pueblo. Es este un punto sobre el cual ha arrojado tanta luz M. de Candolle que, á nuestro parecer, lo mejor es reproducir las páginas que le consagra:

«La comparación de los israelitas con los pueblos cristianos... presenta diferencias que la historia civil y religiosa no puede explicar, pero de las cuales parece dar cuenta de una manera satisfactoria el atavismo.

»He encontrado en todas partes la población judía siempre laboriosa, inteligente, económica, á veces hasta

la avaricia, pero caritativa, poco dispuesta á la violencia y á los crímenes contra las personas y poco dada á la embriaguez. Se le echa en cara la falta de dignidad, la humildad excesiva y la astucia en los negocios. Tiene, en una palabra, las cualidades y los defectos de los pueblos en extremo civilizados, es decir, cualidades excelentes y defectos soportables.»

«Si Europa estuviese poblada únicamente de israelitas, he aquí el singular espectáculo que presentaría. No existiría la guerra; millones de hombres no serían arrancados de los trabajos útiles de todas clases, y se vería disminuir las deudas públicas y los impuestos. Según las tendencias conocidas de los israelitas, el cultivo de las ciencias, de las letras y de las artes, sobre todo de la música, avanzaría mucho. La industria y el comercio estarían muy florecientes. Habría pocos atentados contra las personas, y los atentados contra la propiedad raras veces irían acompañados de violencia. La riqueza aumentaría enormemente, debido á un trabajo inteligente y regular unido á la economía. Esta riqueza se extendería por abundantes obras de caridad. El clero no tendría conflictos con el Estado, y si los tenía serían sólo sobre asuntos secundarios. Habría concusiones y poca firmeza en los funcionarios públicos. Los matrimonios serían precoces, numerosos y bastante respetados en general; por consiguiente, serían raros los males que resultan del desorden en las costumbres. Esto, unido á algunas reglas de higiene, haría á la población sana y hermosa. Los nacimientos serían numerosos y la vida media se prolongaría. Sería algo como el estado de China con más moralidad, más inteligencia, más gusto, sin los disturbios y los asesinatos que deshonran al menos celeste de los imperios.

»Después de este cuadro, que no ha pedido mucha imaginación, puesto que descansa en hechos conocidos, me apresuro á añadir que la sociedad compuesta de este modo no sería viable.